

EL DIARIO DE WCS

Diego Almansa Ortega



- Diego Almansa Ortega -

Capítulo 1

Capítulo 1

La Escuela de Idiomas

Martes, 13 de julio de 2010

Daré comienzo a este diario a raíz del día en que me meé en el vestíbulo de la Escuela Oficial de Idiomas de mi romántica ciudad. Al contrario de lo que pueda parecer, no fue un acto de rebeldía o delincuencia gratuita, sino un simple acto de justicia ejecutado in situ y endulzado con unas tranquilizantes gotas de venganza. Pero si llego a prever una sola de las trágicas consecuencias que me conllevaría mi inocente gallardía, tal vez no me hubiera atrevido a sacar el pito de su lugar correspondiente.

Todo se gestó cierta mañana de martes, cuando, una vez más, salí de casa sin vaciar mi cisterna séptica. Tenía urgencia por arreglar cierto asunto, de carácter impositivo, a la delegación de Hacienda. Sin embargo, a mitad de camino, inexplicablemente (irónicamente escribiendo), me entraron unas ganas terribles de sacar al canario. Esta situación me incomodó profundamente por dos motivos: primero, no era capaz de encontrar un lugar cercano para, como debe de ser, satisfacer tales necesidades rápida y gratuitamente; y segundo, la idea de pensar en el diminuto y odioso tamaño que debe tener mi vejiga, ya que habiéndola vaciado al levantarme, más o menos un par de horas atrás, no entendía cómo era posible que se hubiese vuelto a llenar hasta los topes en tan corto periodo de tiempo.

Afortunadamente, o más bien desgraciadamente, reparé en que al final de esa misma calle se ubicaba la Escuela Oficial de Idiomas de mi humilde villa, y supuse que no existiría ningún problema para descargar allí mi diminuto globo orgánico de residuos líquidos.

Accedí raudo y "cuasicorriendo" por la extensa rampa adaptada para minusválidos, impulsándome, incluso con mis manos, sobre la azulona barandilla, evitando hacer fuerza con las piernas por lo que se pudiera escapar. Parecía un tonto pero la delicada situación lo imponía.

El distribuidor estaba vacío y yo no conocía el edificio. La conjunción de ambos factores me delataría. Me detuve en seco en el centro de la estancia, y mientras me apretaba con los dedos en no sé qué sitios de mis partes exactamente para cortar la imperante emanación, giré la cabeza hacia uno y otro lado, al igual que un búho nocturno, intentando vislumbrar las puertas o los carteles que me revelasen el trayecto hacia los servicios.

En ese crítico instante escuché, a mis espaldas, una repelente voz

femenina dirigiéndose a mi persona.

—Perdone, ¿qué deseaba? —al girar sobre mi eje descubrí que era la conserje del lugar apostada desde un especie de caseta de guardia.

—¿Los servicios? —solicité, olvidándome del “por favor” ante la urgencia de mis necesidades.

—¿Es usted alumno de la escuela? —la pregunta me dejó fuera de juego. Yo esperaba eficaces indicaciones que me solucionasen el problema, y me encontraba con un extraño y riguroso interrogatorio.

—No —contesté, ingenuamente, con excesiva sinceridad, sin imaginar que la cuestión encerraba trampa.

—Entonces no puede usar los servicios —me contestó, tan campante, despreocupándose por completo de mi delicada tesitura.

En un primer instante, permanecí congelado mirándola con cara de bobalicón. Sin embargo, tras unas fugaces décimas de segundo, la indignación se apoderó de todo mi ser, naciendo como un enérgico calambre desde el estómago hasta los lóbulos de las orejas.

—¿Cómo que no? Esto es un sitio público —afirmé como único argumento a mis derechos recordando la propia denominación del centro; si bien, no tenía claro si lo oficial era la escuela o los idiomas.

—Lo siento, pero la escuela solo es para alumnos y profesores —respondió, tajante en sus trece, la conserje con cara de gorrino y voz de gorrino. En ese momento, me recordó a Porky, el cerdito de los dibujos animados, y me pareció más repelente todavía.

—¡Oiga, esto es una institución oficial que yo pago con mis impuestos! —le reproché, todavía más encendido.

—Se equivoca usted. La escuela es un servicio dependiente de la Junta, exclusivamente para unos determinados usuarios —dijo La Porky con una odiosa calma y altivez en sus palabras sin aclararme absolutamente nada.

—¡Pero si sólo voy a mear! —exhalé, casi suplicando.

—Pues vaya a un bar —se atrevió a sugerir, sin imaginar que ese comentario era la gota que colmaba el vaso de mi paciencia y, ya casi, también el de mi vejiga.

—Pero... ¿Qué necesidad tengo que yo de ir a un bar a gastarme el dinero? —le increpé elevando el tono paulatinamente—. ¡Claro, como usted es funcionaria y cobra un buen sueldo a final de mes, se lo puede permitir! ¡Le da todo igual, sienta el culo en el taburete y a pasar la toda la puta mañana tranquilamente! Pues, ¿sabe qué le digo?... ¡Que me da igual lo que diga porque voy a ir al servicio! —le grité a La Porky perdiendo los estribos por completo.

—Como no se marché de aquí ahora mismo voy a tener que llamar a la policía —me advirtió, no sé si por llevarse el gato al agua para satisfacer su cabezonería, o porque se estaba asustando al verme tan desquiciado. En cualquier caso, lo único que consiguió fue, precisamente, lo que pretendía evitar.

—¿Me está amenazando? ¡Pues muy bien! Para usted la perra gorda, no usaré los servicios; pero a ver si cree que me lo voy a hacer en los

pantalones. Le avisé de que no podía aguantarme más. Usted se lo ha buscado. Y esto no es una amenaza, es un hecho —tras esta acalorada intervención, y para terminar de expulsar la ira que me estaba envenenando los nervios, opté por descargarme, allí mismo, de mi incómoda carga.

Bajé la cremallera de mis vaqueros. Volví a dar la espalda a La Porky para proteger mi pudor, lo único que aún estaba intacto, y sacándome el pito con bastante más alivio que miedo, comencé a mear por todo el vestíbulo, dibujando, incluso, enormes círculos mientras me hablaba a mí mismo con el fin de desoír los desquiciados gritos de la conserje.

—¿Lo ve? Ya está. Problema resuelto. Ya no me hace falta usar los servicios —decía yo, tranquilamente, desplazándome con pequeños pasos mientras vertía el incontenible veneno que me había estado quemando los esfínteres—. Ahora meo en las escaleras. Ahora en esta maceta. Ahora un poquito por aquí...

Estuve así un buen rato. Lo suficiente para descargar mi vejiga por completo. Las tornas se habían cambiado. Ahora era yo el que mantenía la calma y La Porky la que no paraba de vociferar, manos en alto y alrededor de mi, sin saber qué hacer exactamente, fundidos ambos en un curioso baile en el que yo giraba sobre mi eje y ella sobre mi persona, imitando así los movimientos de los astros y de las constelaciones.

—¿Pero qué hace? ¡Paré, paré! Voy a llamar a la policía ¡Está loco! —gritaba la funcionaria, alertando incluso a los de secretaría, que emergieron de no sé qué pasillo para investigar el incidente.

Estos no tardaron en unirse a los improprios de su compañera, juzgando precipitadamente la percepción de los hechos.

—¡Paré usted, hombre! ¿Pero qué se ha creído? ¡Vaya a hacer el guarro a su casa, esto es una institución pública! —me objetó uno acercándose peligrosamente.

—¡Ah, así que ahora resulta que es una institución pública! Yo creía que pertenecía a la Junta, como me explicaba su compañera —me defendía yo, señalando con el dedo a la culpable de todo —¡Pregúntele, pregúntele! A ver si me entero de si esto es público o no, y si los servicios pueden usarse o son de pago previo.

Todo delincuente sabe, aunque yo no me considere como tal, que el mejor modus operandi para que no te pille la autoridad es salir por patas lo más rápidamente posible. En este punto radicó mi error. Al ser yo novato en estas lides, me entretuve demasiado, tratando de explicar mis razones, inútilmente, mientras me marchaba con tranquilidad.

—La culpa la ha tenido su compañera, por borde —recuerdo que expliqué a los de secretaría a modo de despedida. Sin embargo, para mi sorpresa, el atolladero no acabaría sin más.

Cuando salí de la Escuela Oficial de Idiomas, un coche de policía estacionó en doble fila y dos agentes se apearon, casi al trote, en dirección a mi posición geográfica.

—¡Este hombre ha sido el culpable! ¡No ha parado de armar jaleo y se ha meado por todo el hall! —me delataron a la pasma los trabajadores del centro que habían salido persiguiéndome en mi huída, mientras me

apuntaban con sus dedos acusadores, como si yo fuese el único culpable de todo el embrollo.

Tras una algarabía de confusas aclaraciones por parte de todos los implicados en el altercado, los guardias optaron por llevarme a comisaría para prestar declaración y tramitar la correspondiente denuncia.

Me dolió más la humillación de tener que acompañar a los agentes en el vehículo oficial, considerándome como un vulgar maleante, que los 150 euros de multa que debía pagar, en el plazo de un mes, salvo presentación de recurso de apelación.

—No me queda más remedio que imponerle una sanción por maltrato de mobiliario público —me comunicó el policía desde su escritorio.

—No, mobiliario público no, de la Junta según me dijo la conserje. Y si me va a multar por eso yo también quiero ponerle una denuncia a esa señora por discriminación y abuso de poder —intenté abogar por mis derechos, bastante más calmado, pero rabioso ante el desenlace.

Lo que no puedo negar es que el regustillo de venganza mientras me orinaba sobre aquel elegante mármol, justo delante de las narices de gorrino de La Porky, me supo a gloria bendita. De eso si me confieso culpable, pero de nada más. Aunque la verdad es que también he de matizar que el incidente con la funcionaria no fue lo único que me hizo estallar. Desde días atrás, ya andaba yo un poco calentito como consecuencia de dos rotundos fracasos en sendas entrevistas de trabajo en las que había puesto gran parte de mis esperanzas.

Hacía un par de meses que me hallaba intensamente sumido en la búsqueda de empleo. En ese tiempo, realicé tres entrevistas y media: la primera fue para programador informático, puesto alcanzable teniendo en cuenta mi nivel de estudios en esa rama (Ingeniero Técnico de Informática de Sistemas). La empresa en cuestión era una firma muy conocida que se dedicaba a realizar programas a encargo para PYMES, y necesitaban a dos personas para desempeñar tales tareas. La entrevista fue normal, ni bien ni mal. Yo reunía los requisitos, pero parece que no acabé de entusiasmarles. No sé si es que encontraron a otros mejores o que no les gustó la primera impresión que les ofrecí. A veces tengo la sensación de que mi aspecto exterior es una traba en mis posibilidades; como si, iyo qué sé por qué!, les debiera parecer medio tonto o poco espabilado. Y creo que es sencillamente por los rasgos de mi rostro.

Mi atractivo se sitúa en un punto intermedio que quizás me perjudiqué. Yo me definiría como casi feo pero sin llegar a serlo del todo, por lo que no tengo ni la capacidad de atracción de los guapos, ni la típica simpatía de los feos. A esta diatriba vengo ya dándole vueltas una temporada. Espero poder encontrarle remedio.

Mis huesos datan de hace 28 años, aunque quizás aparente treinta y pocos. Soy "blancucho", de estatura media, y ni gordo ni flaco, si acaso, con un poquito de barriga. Mi nariz es un pelín desproporcionada y ligeramente ganchuda pero, una vez más, sin llegar a ser horripilantemente original, del montón diría yo. Para completar mi descripción, he de puntualizar que soy moreno, sin barba ni perilla, y con

cabeza de huevo. Lo peor es que, como dicen hoy en día, se me ve un poco el cartón. No soy calvo, pero a veces creo que ese pequeño claro en mi bosque capilar produce más repulsión que si lo fuera. Por supuesto, a primera vista no se ve, si bien creo que aquí reside precisamente el problema. Cuando alguien repara en mi diminuta calva, le pilla un poco de sorpresa. Se topa con ella inesperadamente. Creo que este es el motivo por el cual creo percibir cierto rechazo de la gente cuando el citado circulillo carnoso sale a relucir ante sus ojos.

Si son capaces de imaginar el conjunto de rasgos, podrán formarse una idea cercana de mi aspecto físico, y comprenderán el porqué resulto casi feo, casi insípido y casi bobo. Esto, al contrario de lo que pueda parecer, es peor que ser feo, insípido y bobo por completo. No me cabe dura. Se trata de un desquiciante problema que tengo que remediar urgentemente.

Afortunadamente, en los últimos días se me ha ocurrido una solución que podría funcionar. Consiste en ponerme gafas. He de aclarar que veo perfectamente, por tanto, no las necesito en absoluto, pero creo que si me colocó una bonita montura sobre mi nariz con unos cristales sin graduación, puedo resultar, incluso, interesante. Otras opciones más radicales que se me han pasado por la cabeza son dejarme perilla o raparme al cero. Aunque, de momento, solamente me arriesgaré con lo de las gafas. Espero no toparme con ningún inconveniente para conseguir unas en cualquier oculista. Debe de ser pronto, pues el plan consiste en presentarme a la próxima entrevista laboral luciendo las mismas, mostrando así mi nuevo look intelectual. A ver si de este modo gozó de más suerte en estas batallas contra el mundo laboral.

Retomando el tema del trabajo, he de relatar que la media entrevista a la que hacía referencia anteriormente, resultó consistir en un puesto de administrativo para una compañía de seguros. Me la había proporcionado el INEM mediante una citación por correo. Solamente me indicaban hora y dirección, los detalles del puesto los omitieron, por lo que me encaminé hacia allí un tanto desorientado.

La mujer que me entrevistó se mostró amable y me escuchó sin interrumpirme mientras le informaba sobre mi experiencia profesional y mis estudios. Sin embargo, cuando ella tomó la palabra, lo que salió de su boquita fue lo siguiente: «Lo siento, pero es que queremos una chica. No se lo hemos comentado al INEM porque quizás no sea muy conveniente que lo sepan, por temas de discriminación y esas cosas. Lo lamento mucho. Si quieres te firmó la citación para que la entregues y así te puedes marchar ya. Siento mucho las molestias».

En resumen, pasé por una entrevista en la que no existía la menor posibilidad laboral para mi persona. De aquí, que la catalogue como media entrevista.

Avanzando un poco más en el tiempo, relataré, brevemente, las otras dos entrevistas realizadas en esta última semana. En las cuales, volví a fallar estrepitosamente.

El viernes pasado, se me valoró para un trabajo, a jornada parcial, en una

academia como profesor de informática. A priori, cumplía los requisitos. El que, supongo, era el dueño del negocio, me escrudiñó inquisitivamente como si quisiera leer mi mente. No obstante, al término de la misma, me comunicó, para mi infortunio, que no cumplía el perfil que buscaba. Cuando le pregunté educadamente por los motivos, él se justificó divagando con que yo era demasiado joven y que buscaban a alguien aún más experimentado. Tampoco aquí existían posibilidades. Asimilé su respuesta, como si de una irrevocable sanción arbitral se tratase, y me marché cabizbajo por donde había venido.

Por último, ayer lunes accedí, casi por desesperación, a rebajar mis aspiraciones en la caza de un puesto de repartidor de periódicos y revistas. Se trataba de una pequeña empresa de distribución de prensa. Lo que más interesaba al propietario era contratar una persona trabajadora, responsable y de fiar. Las tareas consistían, fundamentalmente, en el reparto a los quioscos de la zona con la ayuda de una furgoneta de tamaño considerable. El carnet de conducir, en su versión básica, bastaba para conducirla. Yo lo tengo desde hace 6 años y, de momento, no he tenido ni el más mísero roce de aparcamiento, aunque quizás me favorezca el hecho de que no tengo coche.

En cualquier caso, dado el panorama, todo parecía decantarse a mi favor. Y, de hecho, así sucedió hasta que el dueño se enteró de que el título de ingeniero técnico informático constaba entre mis aptitudes. Ante mi sorpresa, estupor y estupefacción, este detalle mandó al traste toda la operación. Me recomendó que buscara algo mejor, que no quería contratar a alguien con tantos estudios para que, en 2 o 3 meses, se hartara del puesto y le dejase en la estacada. Aquí acabó todo. No hubo nada que hacer. Paradójicamente, mi elevada formación profesional me perjudicó en lugar de ayudarme, de tal manera que ya no sabía si que me adoptase una tribu suajili o cortarme la cabeza.

Imagínense, por tanto, el estado de tensión al que se encontraban sometidos mis nervios. Bastaba otro simple incidente de vulneración de mis derechos constitucionales para hacerme perder la razón y estallar como una bomba de relojería. Espero por tanto, humildemente, que sean indulgentes, y que no tengan demasiado en cuenta la actitud de delincuentillo de barrio de la que hice gala en el vestíbulo de la escuela de idiomas de mi querida ciudad.

La síntesis de todo es que, después de aquel desgraciado incidente, regresé a casa con una nota entre las manos que decía más o menos:

POR EL AGENTE Nº..... 856.....HA SIDO CONSTADADO A LAS....12:00.....HORAS DEL DÍA....13 de julio de 2010... QUE EN.... la escuela de idiomas.....SE HAN PRODUCIDO LOS SIGUIENTES HECHOS:.....maltratar mobiliario público mediante micciones, así como alteración del orden en el susodicho recinto..... OBSERVACIONES:....el imputado declara que se le negó el acceso a los baños.....

LOS HECHOS SON CONSTITUTIVOS DE INFRACCIÓN, ATRIBUYÉNDOSE LA RESPONSABILIDAD DE LOS MISMOS A....Wenceslao Carrasco Sotomayor.....CON DNI.... xxxxxxxx-x....DEBIENDO PAGAR.... 150 euros en concepto de sanción....PUDIENDO PRESENTAR...

Incluía algunos datos más como alegaciones u opciones de recurso. Sin embargo, me he limitado a transcribir lo más interesante. Al menos, prescindieron de retratar mi perfil al igual que hacen en las películas, tal y como suelen proceder con los peores maleantes. En fin, aún me queda mucho para pillar a Al Capone.

No obstante, ahora he de hacer un punto y aparte. Ese mismo día sucedió algo todavía más curioso y sorprendente. De vuelta a casa, para quitarme el sofocón, decidí derrochar un par de euros en tomarme un pincho con un mosto en la zona de tapas. Entré en una célebre taberna afamada por sus bravas y me pedí unas. Durante el refrigerio, alcancé un periódico de tirada nacional y me entretuve echándole una ojeada. Cuando me quedaban dos patatas para acabar la sesión casi me atraganto al leer un titular. Incluso tuve que blasfemar ante la sorpresa: "¡Ostias putas!". Resulta que el mismo decía: "Hombre multado en la capital por mearse en el vestíbulo de una institución pública".

En aquellos momentos, supuse que no era más que una graciosa coincidencia. No imaginaba, ni por un momento, las vueltas que iba a dar mi vida a partir de ese día.